

la Edad Media, no tenía ya razón de ser. En realidad, no existía más que en apariencia; Francisco I va á darle el golpe de gracia.

Francisco I llevaba el nombre glorioso de rey cristianísimo: ambicionaba el renombre de rey caballero. Por tanto, estaba obligado á conservar la unidad cristiana, lo mismo que Carlos V. Si creyésemos á sus declaraciones oficiales, ardía, lo mismo que su rival, en deseos de combatir infieles. En 1516 escribió á Leon X: «Sabeis que, desde mi infancia, no he tenido más que una ambición; que la paz entre los príncipes cristianos les permita unirse contra los Turcos y contra todos los enemigos de la fe católica..... Deseo probar que no en vano me llamo rey cristianísimo; derramaré con gusto mi sangre por Jesucristo.....» (1). Bien pronto se dió principio á la lucha por la corona imperial, y la Alemania, amenazada incesantemente por las armas otomanas, quería tener á su cabeza un príncipe capaz de defenderla: Francisco I juró que tres años después de la elección estaría en Constantinopla ó habría muerto (2). Algunos años más tarde, el rey cristianísimo celebró una alianza con Soliman. Este es uno de los grandes acontecimientos del siglo XVI; una revolución en el orden político, análoga á la que Lutero llevó á cabo en el orden religioso. Por todas partes se rompía la unidad cristiana. En la Edad Media, la cristiandad era una; la religión, una por esencia, dominaba en todas las relaciones. De aquí resultó una oposición hostil entre la Europa católica y el Oriente infiel; la hostilidad sobrevivió á las guerras sagradas, y las invasiones de los Turcos le dieron nuevo alimento. Francisco I se atrevió á sobreponerse á las preocupaciones religiosas, contrayendo una alianza con los enemigos del nombre cristiano. Esto era emancipar al Estado de la dominación de la fe. La revolución tenía además de notable que se verificaba por un príncipe católico: la Francia permaneció en el seno de la Iglesia, pero en materia política se proponía gobernarse según sus intereses y no según sus creencias.

Un historiador alemán dice que la alianza con Soliman hará siempre de Francisco I una de las grandes figuras de los tiempos

(1) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con el Levante*, t. I, p. 16-18.

(2) MIGNET, *Rivalidad de Francisco I y de Carlos V*.

modernos (1). Creemos que esto es atribuir al hombre una gloria que corresponde á Dios, y después de él, al genio de la nación francesa. No son las convicciones las que llevaron al rey de Francia á aliarse con el sultán, sino la necesidad. Es verdad que la necesidad no bastaba para contraer una alianza; era preciso, además, estar por encima de las preocupaciones dominantes, y casi fuera del cristianismo tradicional; ahora bien, esta era precisamente la situación de la Francia en el siglo XVI. Francisco I, al unirse con los Turcos, obedecía al instinto de su nación y á la fuerza de las cosas, es decir, que era el instrumento de los designios de Dios. ¡Cosa extraña! no fué él siquiera el primero que tuvo la idea de la alianza cuya gloria se le atribuye, sino su madre Luisa de Saboya, la cual, viendo á su hijo prisionero de Carlos V, y no sabiendo dónde hallar un apoyo para libertarle, se dirigió en último extremo á Soliman (2). Así, pues, la mano de una mujer, de una madre, fué la que anudó los primeros lazos entre dos mundos hasta entonces separados por un odio á muerte! ¿Hay necesidad, después de esto, de insistir para poner de manifiesto la acción de Dios en esta inmensa revolución?

La necesidad que dió la idea de las primeras relaciones, fué también la razón que las perpetuó. En una especie de preámbulo que precede al tratado de 1535 entre el sultán y la Francia, se lee: «El rey Francisco I, fatigado con continuas guerras por el emperador Carlos V, el cual con mucha frecuencia suscitaba contra él al rey de Inglaterra, y solicitado ocultamente por el sultán Soliman, emperador de los turcos, se vió obligado para defenderse de la opresión de semejantes enemigos, que tenían por la parte de España, de Flándes, de Italia y de Inglaterra, al reino de Francia como sitiado á entablar alguna amistad ó inteligencia con dicho Soliman» (3). Una vez dado el primer paso, el interés político que legitimaba la alianza se manifestó con tanta evidencia, que debía persuadir á todos los espíritus. La Europa estaba amenazada por la preponderancia de la casa de Austria; ¿y quién la tenía en

(1) RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. IV, p. 37-39.

(2) ZINKEISEN, *Geschichte des ottomanischen Reiches*, t. II, p. 639-644.

(3) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con el Levante*, t. I, p. 288.

jaque? El sultan. Yo no niego, decia Francisco I al embajador de Venecia, que deseo ver al Turco muy poderoso, no por él, porque es un infiel, sino por debilitar el poder del emperador y por tranquilizar á todos los demas gobiernos contra tan gran enemigo» (1).

Sin embargo, Francisco I no se atrevió en mucho tiempo á confesar su alianza; continuaba haciendo protestas de sus sentimientos religiosos; queria, lo mismo que sus predecesores, merecer el nombre de rey cristianísimo; decia estar pronto á combatir á los Turcos si amenazaban á la cristiandad en Italia, pero pretendia que en Hungría no habia más que una querrela entre el rey Fernando y los Turcos. En cuanto á la censura que se le dirigia de excitar las empresas de Soliman contra el imperio, la rechazó con la altivez habitual que empleaba en su manera de desmentir. «Donde quiera que algun embajador quiera sostener esto, le podeis contestar que ha mentido por mitad de la barba; porque mis predecesores y yo hemos sostenido en tiempos pasados, durante demasiados años, el nombre que llevamos con honor y dignidad para variar ahora en ello.» Francisco I dirigió estas orgullosas palabras al obispo de Auxerre en 1531; algunos años más tarde, la alianza que rechazaba como una calumnia, era pública y confesada. Las protestas y negativas de Francisco I prueban cuán vivas estaban las preocupaciones cristianas. Nos muestran tambien, bajo un aspecto poco favorable, la conducta del rey caballero; acusaba á sus enemigos de mentir por mitad de la barba, en el momento mismo en que mentia él con una rara impudencia.

La alianza de Francisco I y de Soliman era toda una revolucion; necesitó tiempo para penetrar en las costumbres. Por más que los intereses políticos estuviesen unidos, los espíritus se hallaban siempre divididos. Cuando en 1543 la flota turca, al mando de Barbaroja, se reunió á la de Francisco I en Tolon, mandó el rey á los habitantes que evacuasen la ciudad, porque no era conveniente habitar y conversar con la nacion turca, por los inconvenientes que podrian sobrevenir (2). Estas preocupaciones se di-

(1) ALBERI, *Relazioni*, primera serie, t. I, p. 167.

(2) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con el Levante*, t. I, p. 567 y 569.

siparon bastante rápidamente en el seno de una nacion que contaba ya, en el siglo XVI, más de un incrédulo. Los católicos mismos hicieron la apología de la alianza turca: «Contra su enemigo, dice Montluc, se pueden hacer flechas con toda clase de maderas. En cuanto á mí, si pudiese llamar á todos los espíritus del infierno para romper la cabeza á mi enemigo, que quiere romperme la mia, lo haria con mucho gusto: Dios me lo perdone» (1).

El obispo de Valencia, hermano de Montluc, se encargó de justificar la alianza de Francisco I con Soliman ante el Senado de Venecia. Dice que Carlos V no estaba en su derecho al reprobar aquella alianza, puesto que él mismo la buscaba. Añadió que los imperialistas inventaban un nuevo artículo de fe que prohibía á los príncipes el aprovecharse para su defensa del auxilio de los que no seguian su religion: «No reparan, dice, que al censurar al rey tachan á David, rey valeroso y santo profeta, el cual, perseguido por Saul, huyó hácia un rey idólatra» (2). Francisco I se elevó á más altas consideraciones en la apología que dirigió al papa Pablo III; en ella se ven los gérmenes del cosmopolitismo que constituye la gloria de Francia: «Los Turcos no están colocados fuera de la sociedad humana de tal suerte que tengamos más relaciones con los animales que con los infieles. Esto es desconocer los lazos que la naturaleza establece entre los hombres; todos tienen el mismo origen, no es ajeno al hombre nada de lo que se refiere á sus semejantes. Por más que las naciones estén divididas, no es la naturaleza quien las separa, sino los usos y costumbres; resultan de ahí relaciones más íntimas entre los miembros de un mismo pueblo, que entre los que pertenecen á Estados diferentes; pero la separacion no llega hasta romper la union que el parentesco comun establece entre los diversos miembros de la humanidad. Si los lazos de la sangre y de la patria separasen á las sociedades particulares de la universal del género humano, en lugar de ser un bien serian un mal. Los errores de los hombres y su imperfeccion les impiden unirse en una misma religion; pero ni la diversidad del culto, ni la de las costumbres, destruye la asociacion natural de la humanidad» (3).

(1) *Memorias de MONTLUC*, en la *Coleccion de PETITOT*, t. XX, p. 417.

(2) *Id.*, *ibid.*, p. 417-434.

(3) LE PLAT, *Monumenta Concilii Tridentini*, t. III, p. 185 y sig.

Este cosmopolitismo filosófico, por más que tenga su raíz en la creencia cristiana de la unidad del género humano, no ha agrado nunca á las sectas cristianas. Los protestantes eran, bajo este punto de vista, más intratables que los católicos. Acabamos de oír hacer á un obispo la apología de la alianza turca bajo el punto de vista religioso; la autoridad de David y de la Biblia que invocó, no causó impresion alguna á los protestantes. El elector de Brandeburgo pidió que el papa quitase al rey de Francia el título de *rey cristianísimo*, «que lo había perdido con tan enormes crímenes y deslealtad más que púnica» (1). La Dieta de Espira declara «que Francisco I era tan enemigo de la cristiandad como el Turco mismo; que era preciso proceder contra él por la vía de los hechos, á fin de que los demás príncipes cristianos no tomasen de él la ocasión de hacer otro tanto» (2). Carlos V explotó las pasiones religiosas de la Reforma para aunar á los protestantes contra la Francia unida á los Turcos, es decir, contra los únicos apoyos que tenían enfrente de la poderosa casa de Austria. Pagaron cara su ceguedad. Una sola cosa les excusa, que era casi general; los italianos mismos, más políticos que religiosos, lanzaron también su piedra á Francisco I. «La alianza turca es una vergüenza para la Francia» (3), exclama un embajador de Venecia. «Las piedras, dice otro italiano, deberían levantarse contra el rey cristianísimo» (4).

La posteridad está dividida acerca de la apreciación de aquella famosa alianza. Claro está que los católicos la reprueban como un acto impío: «Francisco I, dice *Raynaldi*, olvidó su nombre de cristiano, olvidó su salvación cuando se coaligó con los enemigos de Cristo.» El historiador eclesiástico no deja de encontrar una venganza divina para un crimen tan enorme; Dios castigó al rey de Francia extinguiendo su raza (5). Los escritores políticos son

(1) Carta del elector de Brandeburgo al cardenal Farnesio, legado del Papa. (GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. III, p. 14.)

(2) Respuesta de los Estados del imperio reunidos en Espira. (GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. III, p. 13-15.)

(3) ALBERI, *Relazioni*, t. I, p. 167.

(4) LUGO DI SORIA al cardenal de Trento (BUCHHOLTZ, *Geschichte Ferdinands*, t. IX, p. 270).

(5) RAYNALDI, *Annales*, ad a. 1535, núm. 21; ad a. 1537, núm. 50.

de opinion completamente contraria; si censuran á Francisco I, es por no haber hecho desde un principio una alianza sólida con Soliman: «Sus relaciones con los Turcos, dice *Ancillon*, se formaron demasiado tarde, y no fueron nunca muy íntimas; la religion, ó el temor de irritar al papa, le contenian» (1). Los historiadores modernos tienen razon de elevarse por encima de las preocupaciones religiosas al juzgar la alianza turca, pero pierden de vista otro aspecto de la cuestion. Llamamos muchas veces bárbaros á los Turcos; lo eran realmente en el siglo XVI. Sus guerras no se parecian en nada á las hostilidades de las naciones cristianas; eran verdaderos actos de bandolerismo, verdaderas piraterías; los vendidos eran vendidos en los mercados de Constantinopla, y los habitantes inofensivos, sorprendidos durante la noche, eran considerados como enemigos. No solamente la fe, sino la humanidad se sublevan cuando se ve al aliado de Francisco I arrastrar como esclavos á millares de mujeres y de niños al amparo de la alianza francesa. En vano es decir que la liga tendia únicamente á defender á la Francia y la Europa contra la dominación de la casa de Austria. En primer lugar, la alianza no era puramente defensiva, y aún cuando lo hubiese sido, no es cierto que todo medio sea legítimo, aún cuando se trate de defender la existencia; el medio debe tener en sí mismo su legitimidad; de otro modo hay que aceptar la moral perversa que se censura á los jesuitas, y decir que el fin lo justifica todo.

Francisco I es tanto más culpable cuanto que su alianza con los Turcos no era sincera; queria reconquistar á Milan, y para esto todos los medios le parecian buenos; daba una mano á los infieles, y ofrecia la otra á Carlos V contra los infieles, á la vez amigo y enemigo. Este egoismo desleal, en lugar de constituir su fuerza, constituyó su debilidad. Un contemporáneo, partidario de la alianza, hace notar que «á pesar del auxilio de los Turcos, los asuntos del rey no fueron mejor» (2). Enrique II lo confesó y escribió á su embajador en Constantinopla: «Se me censura por todo

(1) ANCILLON, *Cuadro de las revoluciones del sistema político de la Europa*, t. I, p. 202.

(2) MONTLUC, *Memorias* (PETITOT, t. XX, p. 535).

el mundo el haber creído tanto siempre en la amistad del gran señor, visto que sus fuerzas, que me ha enviado con frecuencia, han sido empleadas por sus ministros y conductores más bien en perjudicar á la cristiandad que en combatir de véras al enemigo común, lo cual ha sido lo contrario de lo que yo esperaba» (1). «Si los reyes de Francia, añadé un embajador frances en Constantinopla, hubiesen empleado el dinero que les costaba la alianza turca en construir muchas galeras, hubiesen tal vez alcanzado muchas victorias que la insolencia de los Turcos y el deseo del botín les quitaban de las manos» (2). ¿Por qué ha aprovechado tan poco la alianza turca á Francisco I? Porque era aliado poco sincero, siempre pronto á hacer traicion á sus amigos, lo mismo al sultan que á los reformados de Alemania, y á volver sus fuerzas contra ellos, si Carlos V hubiese consentido en darle el ducado de Milan. Esta era una política sin principios, sin conviccion, fundada en la mentira y en la mala fe; ahora bien, Dios no quiere que el fraude aproveche á aquel que lo emplea. La Historia es una gran leccion de moral que Dios da á las naciones y á los que rigen sus destinos.

El que la Historia deba condenar la política inmoral de Francisco I, no quiere decir que la alianza turca no sea, bajo el punto de vista providencial, uno de los grandes acontecimientos de la Historia; pero, contra los designios de los que la celebraron, tiene más bien una importancia religiosa que política. Rompe la unidad cristiana, la cual estaba viciada en su esencia, porque en nombre de la caridad y de la fraternidad predicaba el odio y la division. Estos sentimientos reinaban aún en el siglo XVI entre los ortodoxos; un papa canonizado nos ofrece un curioso testimonio de ello. Carlos IX, en una carta dirigida á Pio V, llamó al sultan emperador de los Turcos; el santo padre le contestó «que el que no conocia el verdadero Dios no podia jamas ser emperador: *dar el nombre de emperador á un infiel, no era más que llamar al bien mal y al mal bien*» (3).

(1) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con el Levanto*, t. II, p. 524.

(2) ID., *ibid.*, t. II, p. 744, nota.

(3) FALLOUX, *Historia de S. Pio V*, t. II, p. 239.

¡Hé aquí lo que los sentimientos mezquinos de una religion que se llama universal habian hecho de la unidad humana! Por mejor decir, el catolicismo no ha comprendido jamas la unidad humana, no ha concebido la unidad más que bajo la forma religiosa. Esta falsa unidad debia romperse, para que la verdadera pudiera elevarse sobre sus ruinas. Esta fué la obra de Lutero y de Francisco I. Pero no confundamos en nuestra admiracion al reformador sincero, ardiente en sus convicciones hasta la ceguedad, con el príncipe frívolo, ligero, sin fe ni ley, que se aliaba con el Turco ó con el papa, á pesar de que no creía ni en el uno ni en el otro. La gloria corresponde á Dios, y despues de él á la nacion francesa; cosmopolita por esencia, á ella correspondia inaugurar la era de la humanidad.

§ V.—Lo que los hombres quieren y lo que Dios quiere.

Se dice que es fatalismo cuando los historiadores muestran la mano de Dios en los destinos del género humano; se dice que es negar la libertad del hombre el decir que es un instrumento de la Providencia. Aplaudimos esta reaccion contra el fatalismo histórico, porque sin un sentimiento enérgico de la libertad los pueblos se debilitan y mueren. Pero para hacer lugar al hombre en la Historia, no hay necesidad de desterrar á Dios. Algo corresponde á la libertad humana, algo también á la accion providencial. Lo ideal sería que el hombre, usando de su libertad, no quisiese jamas más que lo que Dios quiere. Este ideal es irrealizable, porque supone la perfeccion en un sér imperfecto. Esto no obsta para que la mision de las criaturas sea el aproximarse progresivamente á la perfeccion del Creador. Cuanto más avanza la humanidad, más conciencia tiene de los designios de Dios, y tanto más puede, y debe conformarse á ellos. Pero habrá siempre una oposicion mayor ó menor entre lo que los hombres quieren y lo que Dios quiere. Esta oposicion se manifiesta con toda claridad en la Historia; nos revela los designios de Dios y nos manifiesta la vana ambicion de los hombres. No atribuyamos á los hombres la gloria de las consecuencias de sus acciones, que no han previsto ni querido, pero tampoco los